

Comentario al evangelio del miércoles, 21 de mayo de 2014

Queridos amigos:

Durante tres días los Hechos de los Apóstoles nos describirán lo que pasó en la asamblea de Jerusalén, también llamada –con anacronismo evidente– el “concilio de Jerusalén”. Para entender bien la trama podemos dividirla en tres tiempos:

Primer tiempo: el problema. ¿Qué es lo que provocó el viaje de Pablo y Bernabé a Jerusalén para consultar a los apóstoles y presbíteros? Pues la interpretación rigorista del evangelio que algunos de Judea hacían, en abierto contraste con la interpretación abierta de Pablo. Los de Judea *se pusieron a enseñar a los hermanos que, si no se circuncidaban como manda la ley de Moisés, no podían salvarse.* O sea, que para ser cristiano había que hacerse primero judío. ¿No se parece este problema al que vivimos hoy en relación con la inculturación del cristianismo en contextos no occidentales?

Segundo tiempo: el diálogo. El problema amenazaba con dividir a la Iglesia. ¿Cómo se afronta? No de una manera disciplinaria, sino haciendo un discernimiento mediante el diálogo entre quienes perciben la apertura como un don del Espíritu y quienes representan el ministerio de la autoridad. Después de discusiones acaloradas, *se decidió que Pablo, Bernabé y algunos más subieran a Jerusalén a consultar a los apóstoles y presbíteros sobre la controversia.*

Tercer tiempo: la resolución y sus consecuencias. Después de examinar los diversos aspectos, la asamblea toma una resolución (en realidad, tres), de la que se siguen consecuencias muy importantes para el desarrollo de la Iglesia.

El fragmento de hoy aborda, sobre todo, el primer tiempo. Mañana y pasado mañana se irán presentando los otros dos. Esto es como las viejas novelas por entregas. Anticipamos el esquema general para poder comprender mejor cada capítulo.

El evangelio de Juan nos presenta a Jesús como **vid verdadera**. En varias ocasiones hemos reflexionado sobre esta alegoría. Hoy podemos acentuar este versículo: *El que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante, porque sin mí no podéis hacer nada.*

La relación personal con Jesús es *fructífera*. Hace un par de días, le oí decir a una señora mayor esta frase: “Fulano de tal irradia energía positiva”. Me extrañó muchísimo porque, dada su edad y formación, no creo que conozca la religiosidad “new age” o las corrientes de psicología transpersonal. Me parece que, sirviéndose de una frase que se va haciendo común, quería decir que esa persona transmitía los frutos propios del Espíritu: amor, alegría, paz, tolerancia, amabilidad, bondad, etc. No

tengamos miedo a las palabras. Si realmente estamos unidos a Jesús por la fe y los sacramentos, también nosotros podemos emitir este tipo de energía positiva. Y entonces notaremos que no es necesario que hagamos muchas cosas para ser eficaces. Basta que seamos. La autenticidad es como el aire puro que oxigena los ambientes contaminados.

Sin estar unidos personalmente a Jesús, lo que hacemos con nuestras solas fuerzas es estéril. Puede que sirva para maquillar un poco la realidad en la que nos movemos, pero no para transformarla. ¿No explica esto, en buena medida, muchos de nuestros fracasos evangelizadores? Creemos que las personas y las situaciones van a cambiar en la medida en que nosotros nos esforzamos para que así sea. Pero a menudo olvidamos que sólo Jesús cambia.

Lo que no descubrimos serenamente en el vértigo de la actividad lo vamos descubriendo a veces a través de la pedagogía del fracaso. Todos los caminos son buenos si nos llevan a la fuente.

C.R.

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org